

TELDE: barrio de San Francisco

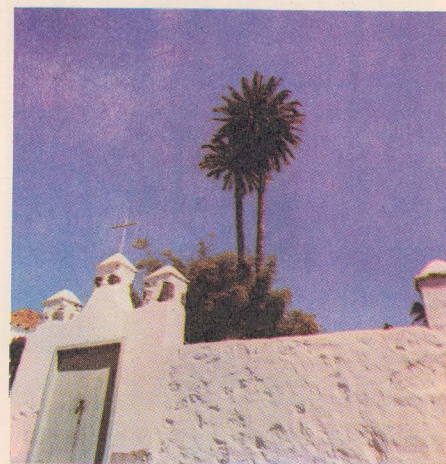


San Francisco, un barrio perdido en el tiempo. En la foto superior, una de sus recoletas calles; en la inferior, su iglesia.



se detuvo el florecimiento de la ciudad que en 1587 contaba con unos ochocientos habitantes. Fruto de aquel pasado, Telde tiene hoy algunas de las joyas artísticas más preciadas del Archipiélago. Pero desde el punto de vista arquitectónico, quizás la parte más sobresaliente de aquella ciudad sea la constituida por el barrio de San Francisco.

El barrio de San Francisco es -con Teguise, Betancuria, La Laguna y Las Palmas de G. Canaria uno de los núcleos urbanos más antiguos del Archipiélago. Su iniciación puede estimarse que tuvo lugar a comienzos del siglo XVI; y desde aquella fecha hasta ahora, tanto el trazado del barrio como la mayor parte de sus construcciones, han permanecido inalterables. Esta milagrosa supervivencia se debe en gran parte a que Telde ha continuado su expansión en dirección a la costa, dejando a su espalda, al soco de los montes, el vetusto barrio. Es curioso anotar que a veces el olvido es el



Aún prescindiendo de la existencia del "Obispado de Telde", cuya fundación data del siglo XIV y que ha dado lugar a las más apasionadas dilucidaciones investigadoras, aquella ciudad del este de la isla de Gran Canaria ha tenido siempre a lo largo del proceso histórico insular, un peso y una preponderancia específica. Ya en la época prehispánica fue, con Gáldar, asiento de uno de los dos núcleos aborígenes más importantes de Gran Canaria, con sus poblados de Tara y Cendro, situados en las márgenes de un barranco. En los actuales barrios

de Telde que llevan el nombre aborígen existen hoy restos arqueológicos de aquel pasado. Después de la creación de la ciudad, una vez concluida la empresa de conquista por las tropas castellanas, Telde fue asiento de una poderosa clase terrateniente a la que enriqueció el cultivo de la caña de azúcar. Esta próspera economía incidió lógicamente en la importancia que tuvo la villa en la primera mitad del siglo XVI, con su calle Real, la iglesia -hoy basílica menor- de San Juan Bautista y el Hospital de San Pedro Mártir. Con la decadencia del monocultivo exportador del azúcar

mejor agente conservador del pasado: gracias a él, los vestigios de épocas pretéritas se liberan del afán destructor de los hombres, y de unas supuestas ansias renovadoras que, en la mayor parte de los casos, apenas disimulan el afán de lucro y codicia que anima sus actos.

Caminar por el barrio de San Francisco es como hacer una incursión a través del tiempo e instalarnos en el pasado. Aquí los días parecen detenidos en un atardecer cualquiera de un año indiferente escogido al azar entre el 1500 y el 1600. El suelo empedrado, las casas de uno o dos pisos, encaladas irregularmente, blancas; los tejados con cubiertas a dos aguas, filtrándose, entre el rojo de las tejas, el verde carnososo de algunas plantas. La cantería gris emmarca las puertas barnizadas. Las calles, estrechas, sinuosas, suben y bajan; al final de ellas asoma casi siempre el verde de las plataneras. En el aire apenas hay ruidos: el viento que a veces silba al meterse en los callejones; o unos gritos de niños que suenan bastante lejanos. Alguna gente mayor pasa a nuestro lado -ellas enfundadas en largos trajes negros; ellos con pantalón de dril y chaqueta de jerga: también estas gentes parecen salidas de ese mismo atardecer pasado.

El barrio, en conjunto es una pequeña joya. Pero quizás los edificios más importantes del mismo sean la Iglesia y el convento de San Francisco, abiertos a una misma plaza. Ambos edificios, de construcción popular con algunos detalles góticos, han sido restaurados con acierto. La Iglesia tiene un bello artesanado de madera, y sus columnas de piedra, se elevan airosamente. Actualmente, no está dedicada al culto; pero en ella se celebran, de cuando en cuando, conciertos y otros actos culturales que proporcionan al barrio unos momentos de vitalidad.

La arquitectura civil responde lógicamente a unas líneas de acento popular. La madera está empleada profusamente, en los grandes balcones que se abren a la calle o a los patios interiores, en puertas y ventanas, en columnas y en vigas.





No hay duda alguna acerca de la función que pueda desempeñar este barrio toledense convirtiéndose en un Museo vivo que refleje alguna de las singularidades arquitectónicas, sociológicas, etc. del pasado insular.

San Francisco es un barrio que merece toda la atención y el desvelo que podamos dedicarle, Coherentemente restaurado y vivificado, el conjunto puede convertirse en nuestro pequeño Toledo, un lugar claro y tranquilo donde podamos dialogar con la sombra de nuestro pasado.